

un "matrimonio civil" o una "confirmación del matrimonio" según la costumbre reformada. Este tema, reducido a la proposición del autor, no presenta, en la línea de los principios, problemas especiales ni al canonista ni al teólogo. Es obvio a cualquier mediano conocedor del Derecho de la Iglesia, que, ni la forma tridentina es un requisito necesario por ser el matrimonio sacramento, ni históricamente se ha impuesto por razones de sacramentalidad. La obligatoriedad de la forma tridentina surgió por una causa bien determinada, los matrimonios clandestinos, y los Padres que a ella se opusieron en Trento lo hicieron precisamente en base a la sacramentalidad del matrimonio. La obligatoriedad de la forma canónica es una cuestión típicamente prudencial, que viene determinada por razones de seguridad y de certeza, cuyo incumplimiento —testigo es la historia— presenta graves problemas de conciencia. Por lo tanto, la forma canónica *ad validitatem* no es una consecuencia necesaria del principio de la sacramentalidad.

Pero en este tema de la forma canónica, la cuestión que plantea la obra de Schillebeeckx no es lo que el autor dice, sino lo que puede deducirse como corolario de su lectura. Una conclusión —seguramente no querida por el autor— que algunos lectores pueden sacar es que si el matrimonio es una realidad natural, tal como el libro presenta esta tesis, no sería incongruente que el matrimonio se celebrase ordinariamente en forma civil; es más, no sería incongruente que, como las demás realidades temporales, pasase a ser una materia regulada por el Derecho de la sociedad civil, siempre, claro está de acuerdo con el Derecho divino, natural y positivo. ¿Por qué aparece esta posibilidad casi como un corolario del carácter secular del matrimonio? Porque, por las razones antes expuestas —ausencia de un cuerpo doctrinal, teórico—, la sacramentalidad del matrimonio aparece en la obra de Schillebeeckx muy vaciada de contenido. Supongo que esto se deberá solo a la índole del libro; en caso contrario sería una muestra más del olvido de los efectos que la sacramentalidad produce en el matrimonio, en el que los autores, a partir del s. xvi y sobre todo en los últimos dos siglos, parecen haber caído, y de la necesidad de resolver las cuestiones antes enunciadas, sin cuya solución no es posible dar una visión completa y coherente del matrimonio. El problema que este punto presenta, en fin de cuentas, no es tanto el de si el matrimonio es una realidad temporal, sino el de las relaciones entre Iglesia y Mundo y por tanto en qué relación respecto de la Iglesia queda una realidad terrena que es, a la vez, sacramento. Problema este que Schillebeeckx apenas se plantea. Por ello es lícito pensar que su pensamiento personal no presenta en este tema novedad respecto de la doctrina común, y que el corolario expuesto le es ajeno.

JAVIER HERVADA

J. J. VON ALLMEN, *El culto cristiano. Su esencia y su celebración*. Traducción de A. Chaparro y L. Bittini. Ediciones Sígueme (Colección Diálogo), Salamanca, 1968, 335 pp.

La peculiaridad de este libro queda señalada por los traductores —que, por cierto, han hecho un buen trabajo— en la nota que presenta su ver-

sión castellana. Recoge las lecciones dadas por su autor, en la Universidad de Neuchâtel, durante el curso 1960-61. De ahí el uso del estilo hablado que su texto acusa y el carácter "de puertas adentro" que tuvo su exposición, con lo que estas páginas son la expresión genuina de lo que un pastor de la Iglesia reformada comunica a cristianos de su misma confesión.

Dos partes tiene esta obra: *Problemas doctrinales* y *Problemas de celebración*, cada una con cinco capítulos. No es fácil sintetizar el denso contenido doctrinal. El culto cristiano —afirma— recapitula la historia de la salvación. La vida de Cristo fue una auténtica acción litúrgica que culminaría en la cruz. Cuando la Iglesia hace el memorial por El instituido, actualiza lo ya entonces realizado y evoca su consumación escatológica. Es el culto acontecimiento salvífico en el que Cristo se nos da en la Palabra y en el Pan. Es también epifanía de la Iglesia, ya que reúne la asamblea de los fieles —comunidad bautismal, católica, diaconal y apostólica—, le da conciencia de sí misma y la expresa a los ojos del mundo. Corazón de la vida cristiana, el culto recoge al Pueblo de Dios en un movimiento de diástole y lo lanza enseguida al mundo con impulso sistólico. De ahí que no se trata de considerar la simple conveniencia pastoral del culto, sino de proclamar su radical necesidad, por ser institución de Cristo, por estar suscitado por el soplo del Espíritu y por constituir el modo adecuado de glorificar a Dios en el estado actual de su Reino que, si bien ya ha comenzado, aún no alcanzó su plenitud.

Ahora bien: ¿este culto puede ser arbitrario o requiere determinadas formas litúrgicas? La respuesta en este último sentido que da el cuarto capítulo de la primera parte se ve concretada en los diversos aspectos que analiza la segunda. En ella se hace el "inventario" de los elementos del culto y se insiste en el equilibrio que requieren los dos "medios tiempos" de la celebración: la Palabra es ciertamente esencial, sin ella no habría diálogo; pero ¿por qué esa atrofia que en las comunidades reformadas ha sufrido la Cena del Señor? La Eucaristía habría de seguir normalmente a la predicación, como a la cruz se orientó el ministerio de Cristo. Se señalan los autores del culto: Dios y los fieles, ante los ángeles —compañeros litúrgicos— y ante el mundo en que se realiza. Se estudia el tiempo y el lugar adecuados al culto, haciendo una bella apología del Día del Señor y analizando los rasgos que perfilan toda asamblea cultural. Y al tratar, por último, del orden de la celebración, insiste rigurosamente en la urgencia de su sacralización, por el reencuentro de las formas tradicionales.

En el pasado número de *Scripta Theologica*, al referirse A. García Suárez a la *estructura sacramental de la Palabra*, hacía notar la aproximación a las tesis católicas de ciertos sectores protestantes, citando precisamente dos recientes trabajos de Von Allmen. El ahora traducido es ya algo viejo, pero no "pasado" y me parece oportuna su presentación en el área hispánica. No es un libro de orientación ecuménica; su teología eucarística expresa sin paliativos puntos de vista inaceptables para un católico. Pero precisamente por ello, el lector apreciará la amplitud de las coincidencias doctrinales y prácticas; la neta convergencia de esta reflexión "calvinista", con las ideas y realizaciones del movimiento li-

túrgico "romano". Y es que la sincera profundización en el patrimonio común es lo que mejor sirve a la unión de los cristianos.

JUAN ANTONIO PANIAGUA

P. MASSI, *La Asamblea del Pueblo de Dios. En la historia de la salvación*, trad. por F. Alfaro, Estella Ed. Verbo Divino, 1968, 671 pp.

Massi es un especialista del tema de la asamblea, sobre el que ha escrito varios artículos en *Rivista liturgica*. Los orígenes de la obra que reseñamos remontan a 1962. Fue entonces cuando Massi publicó la primera edición de su libro, consagrado a la asamblea del pueblo de Dios. Surgieron más tarde los textos conciliares. Y el autor reelaboró su trabajo, teniéndolos en cuenta. La edición italiana de 1965 era mucho más rica, más perfilada también. La edición española no es simple traducción; es de nuevo una reelaboración, en la que el autor ha vuelto a simplificar, a ordenar. Llega, pues, a nuestra lengua como fruto concienzudamente madurado. Formando parte, con el n.º 17, de la Colección "Diaconía" dedicada a temas de Teología pastoral, y dirigida por el Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca.

La obra se divide en tres partes: La salvación en la comunidad, el pueblo de Dios, la asamblea. La salvación en la comunidad aparece como una ley de la historia salvífica, expresada en la solidaridad con un solo individuo (Adán-Cristo) y con el grupo (Iglesia como culminación del sistema de salvación colectiva iniciado en el A. T.). El proceso de esta salvación comunitaria se cumple en la Pascua y en la alianza, intrínsecamente relacionadas. La Pascua y la alianza del A.T. nos conduce hacia la Pascua de alianza de Cristo con su más intensa expresión cultural, la Eucaristía. Esta comunidad en la que se manifiesta y realiza la salvación de la humanidad es una comunidad concreta: el pueblo de Dios. Pueblo elegido, real, santo y sacerdotal. Pueblo de Dios del A. T., y nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia del N. T. Pero la historia del pueblo de Dios —historia de salvación— queda actualizada en la asamblea litúrgica, objeto de la tercera parte del libro. La asamblea unida a Cristo es el verdadero lugar de culto, templo de piedras vivas; ella es expresión de una comunidad local, pero manifestación también de la Iglesia universal. Y signo y anuncio de la Iglesia del cielo, por lo que la asamblea de la tierra vive en tensión escatológica, en vibración de esperanza. Si toda asamblea litúrgica encierra estos valores, de un modo particular la asamblea dominical en el día en que toda la gran familia de los redimidos se encuentra movilizadada para celebrar al Señor resucitado. La bibliografía que cierra la obra es muy amplia —casi una treintena de páginas— y, tras una lista de obras generales, se nos ofrece una bibliografía sobre los principales temas, de interés para los que deseen estudiarlos más a fondo.

El tema de la asamblea litúrgica ha sido abordado con frecuencia durante estos últimos tiempos, sobre todo a partir de algunos artículos que publicó Martimort hace ya unos veinte años. Pero nunca ciertamente